

CARLOS CUAUHTÉMOC SÁNCHEZ

# CONTRA VENENO

Los planes de divorcio intoxican el alma,  
este libro es un antídoto



GRUPO EDITORIAL  
**DIAMANTE**  
LIBROS QUE TRANSFORMAN VIDAS

# CONTENIDO

Capítulo 1	El gato muerto.....	7
Capítulo 2	El cantante.....	15
Capítulo 3	Chat y pornografía en casa.....	21
Capítulo 4	Masaje en la oficina.....	28
Capítulo 5	Festival Acapulco.....	35
Capítulo 6	Fue un accidente.....	42
Capítulo 7	Síndrome de Otelo.....	47
Capítulo 8	Dignidad a cambio de dinero.....	53
Capítulo 9	Al final todo se sabe.....	59
Capítulo 10	Vomitando.....	63
Capítulo 11	Diamantes entre los desechos.....	68
Capítulo 12	Negociando el dinero.....	76
Capítulo 13	Diferentes versiones, diferentes verdades...	83
Capítulo 14	Contraveneno para niños.....	91
Capítulo 15	¡Suéltate de la cuerda!.....	100
Capítulo 16	Árbol de la vida.....	107
Capítulo 17	La trampa.....	116
Capítulo 18	Mono circense.....	123
Capítulo 19	Gas lacrimógeno.....	130
Capítulo 20	El cheque.....	137
Capítulo 21	La amante.....	143
Capítulo 22	Mujer super poderosa.....	151
Capítulo 23	Padrastros, hijastros y hermanástros.....	157
Capítulo 24	Acuerdo, contrato o pacto.....	164
Capítulo 25	Material conclusivo.....	173
Capítulo 26	Despedida.....	179
Capítulo 27	Madre sola.....	187

# 1

## EL GATO MUERTO

La misteriosa carta estuvo sobre la mesa de la cocina durante varios días. Al principio no podíamos evitar mirarlo con desconfianza, pero después se fue perdiendo entre el resto de la correspondencia.

Una noche, mi esposo volvió a abrirla y me dijo:

—Tenemos que devolver esto.

—Sí —respondí—. Estoy de acuerdo—, pero me da un poco de miedo.

—¿Por qué?

—Detesto las notas anónimas y más cuando vienen acompañadas de un cheque. Me hacen sentir como si estuviera tratando con la mafia.

César asintió.

—Por eso mismo debemos devolverlo. Cuanto antes mejor.

—¿Y si lo hacemos por correo?

—Puede ser. Aunque te confieso que he pensado mucho en la posibilidad de que esas personas necesiten ayuda de verdad.

—Sí —reconocí—, yo también he tenido esa inquietud.

Tomé la nota y volví a leerla.

Alguien estaba solicitando mis servicios como terapeuta familiar de forma urgente. Pero yo nunca había hecho entrevistas a domicilio. Los pacientes acudían a mi consultorio mediante un organizado sistema de citas. El anónimo estaba engrapado a un cuantioso cheque en el que se me pagaba por adelantado el monto de una terapia que podía durar varios meses.

—Qué extraño —comenté—. El cheque es de una empresa. ¿No te parece ridículo, César? Jamás se hace un trabajo de consejería por encargo. Son los interesados quienes deben buscar la ayuda y pagar por ella.

Patricia, la hija de mi esposo se había mantenido en silencio mientras comía su yogurt con granola. Era una mujer de veinticuatro años que se esforzaba sobremanera en lucir delgada.

—¿Puedo dar una opinión? —preguntó.

—Claro.

—El otro día vi el sobre y me llamó la atención. Leí la nota y me pareció curioso...

Se detuvo insegura de continuar.

—¿Qué, hija? —preguntó César.

—La dirección que dan en esa nota y el nombre de las personas que necesitan ayuda.

—¿Las conoces?

—Puede ser...

—¿Quiénes son? —inquirí.

—No estoy segura, pero creo que él es un cantante. Al menos se llama igual, y varios datos coinciden. Según sé, acaba de divorciarse.

—¿Un cantante? ¿Y cómo sabes que acaba de..?

—Soy su admiradora.

César se puso de pie y tomó las llaves del coche.

—Enfrentemos el asunto y acabemos con esto de una vez.

Mi esposo condujo el automóvil sin decir palabra. Se veía preocupado. Llegamos al domicilio y nos estacionamos frente a la casa.

Abrió la guantera del coche para guardar el sobre con el cheque. La cajuelita estaba llena.

—No me gusta que traigas esta enorme lata de gas lacrimógeno aquí —protesté—. Puede causar un accidente.

—Es un arma inofensiva —se defendió mi esposo—, y muy útil en estos tiempos.

Moví la cabeza. No tenía caso discutir sobre eso otra vez. Bajamos del auto y nos acercamos a la entrada con cautela. A juzgar por la basura acumulada y la luz apagada, parecía una mansión abandonada.

Cuando íbamos a tocar, nos dimos cuenta que la puerta estaba abierta. Mi esposo la empujó. De inmediato percibimos un tufo maloliente. Casi por instinto nos llevamos una mano a la nariz, pero no fue esa la única ni la mayor impresión de repulsa que recibimos. Fue la total oscuridad quebrantada sólo por el haz luminoso de una linterna que se movía detrás de la puerta.

—¿Quiénes son ustedes? —preguntó alguien con voz débil.

La luz se detuvo en nuestras caras. Interpuse una mano para evitar ser deslumbrada. Distinguí dos cuerpos menudos como los de un par de niños escondiéndose.

—Soy la doctora Blanca Bermúdez.

—¿Vienes a dejarnos dinero?

—No... ¿Están sus papás?

—Váyanse de aquí.

—Queremos ayudarlos. Somos amigos.

En ese instante las dos personitas discreparon. Una insistió en expulsarnos de su territorio y la otra intentó confraternar.

—Ya oíste lo que dijeron: Son amigos.

—Quítate, tonta... hay que cerrar la puerta.

—Vienen a ayudarnos...

—Nadie puede...

En su forcejeo, la linterna cayó al suelo y se apagó; César la tomó de inmediato. El silencio acompasado con la oscuridad se volvió amenazante.

Mi esposo encendió la linterna de nuevo. Pudimos descubrir a dos niñas de parecido casi gemelar, con enormes ojos claros y gesto atemorizado.

—¿Por qué no hay luz? —cuestioné.

—Se fue desde ayer.

—¿Y por qué huele tan mal? ¿Están sus papás? Queremos hablar con ellos.

Los papeles se habían invertido. La linterna daba a su poseedor una clara jerarquía.

—Mi mamá está adentro... dormida.

—¿Desde cuándo?

—Desde la mañana. Duerme todo el día.

—¿Toma medicinas?

—Sí.

—Queremos hablar con ella, ¿puedes despertarla?

—No...

—¿Por qué?

La niña desconfiada impidió a su hermana seguir informando. Arrebató la linterna a mi esposo, la apagó y jaló a su melliza. No se atrevieron a cerrar la puerta, sólo corrieron hacia la oscuridad sin separarse un palmo una de la otra, como si lo único confiable que tuvieran para refugiarse fuera su mutua cercanía.

—¿Qué hacemos? —preguntó César—. Este lugar apesta.

—¿Por qué no buscas la caja de fusibles y revisas si puedes reestablecer la luz?

Procedió de inmediato sin contestar.

Cuando volví la cabeza hacia el interior de la casa, descubrí el cuerpo erguido de un adulto a escasos metros frente a mí. Me sobresalté. Era una mujer de cabello largo, alumbrada paupérrimamente por la luz mortecina de una vela.

—¿Señora Fuentes? —pregunté.

—¿Quién es usted?

—Una divorciada —declaré.

—¿Perdón?

—Hace diez años me separé de mi primer marido —dije levantando la voz—. La ruptura me hizo mucho daño. También nuestros hijos sufrieron enormemente. Pero todos rehicimos nuestras vidas.

Olga Fuentes tardó en contestar. Se talló los ojos con una mano, sosteniendo la vela con la otra como si mirara a un espectro parado en el umbral de su puerta.

—¿Por qué vino aquí?

Era del todo impropio sacar el cheque de mi bolsa para devolvérselo. Obviamente, Olga no lo había enviado. Opté por argumentar lo más simple, con el riesgo de no sonar muy creíble.

—Patricia, la hija de mi segundo esposo me lo pidió. Ella sabe que ustedes necesitan apoyo.

—¿Su *hijastra* se lo pidió? —repitió como tratando de comprender y dando al sustantivo un énfasis de desprecio.

—Sí. Es admiradora de... ustedes.

—¡Aaaah! —dijo enfureciéndose—. ¡Ya veo! Haga el favor de salir de aquí.

Quiso empujarme; me resistí.

—Señora Fuentes, su exmarido es una figura pública. Hay quienes lo idolatran... y tratan de ayudar. No lo tome a mal.

—Todas las admiradoras de Fausto son unas prostitutas. ¡Lárguese!

—Espere...

La mujer desapareció en la penumbra. Al fondo de la estancia, las niñas agazapadas contemplaban la escena prendiendo y apagando la linterna.

Dudé unos segundos. Caminé hacia atrás, ¿valía la pena seguir arriesgándome?

—Señora Fuentes. Yo trabajo con personas divorciadas. Si sigue ciertos pasos, es posible reconquistar la dignidad y ser feliz otra vez. ¿Quiere intentarlo?

—¡Quiero que se vaya de esta casa! —me gritó—. Tengo un florero de cristal en la mano. Si no se va, voy a rompérselo en la cabeza.

Me convenció.

Cuando estaba dispuesta a dar media vuelta, César logró arreglar el fusible y las luces de la casa se encendieron. Ante mí se presentó el cuadro más contradictorio que jamás había visto: por un lado, muebles perfectos, piso de mármol recién pulido, vitrinas relucientes, cortinas prolijamente acomodadas y, por otro, dos niñas sucias, abrazándose en la esquina de la estancia, varios metros atrás de una señora despeinada, cubierta con una camiseta mugrienta de algodón, sin sostén y sujetando un florero para arrojármelo.

Tardé en asimilar la escena. ¿Acaso, en su loca desesperación, se dedicaba a abrillantar la casa hasta dejarla como el suntuoso escenario de una sala de ópera, sin verse ella misma al espejo ni brindarles una mirada de piedad a sus aterradas hijas?

Hice un último intento:

—Olga... yo la comprendo... Historias de personas como usted y como yo, son contrarias a lo que *debería* de suceder, pero ocurren con demasiada frecuencia... Por desgracia hay pocas familias estables. Muchas personas hemos sufrido rupturas drásticas y pasamos por episodios de desconfianza, depresión e ira.

César llegó corriendo hasta mi lado. En unos segundos analizó la situación. Igual que yo, notó la discordancia entre el esplendor del mobiliario y el descuido de las personas; entre la asepsia extrema y el extraño hedor.

—Le presento a mi marido.

—Buenas noches, señora —dijo él con su habitual voz tranquila—. Por lo que veo, usted está desconcertada por nuestra presencia, pero entienda que no tenemos necesidad de estar aquí. Nuestra única intención es ayudar.

Olga Fuentes bajó la guardia despacio.

—¿Son consejeros matrimoniales?

—César es empresario —contesté—. Tiene restaurantes. Yo me dedico a dar orientación, pero mi especialidad no es reintegrar matrimonios, sino ayudar a quienes han sufrido la desgracia de una

división familiar irreparable. Aquí tiene mi tarjeta de presentación —se la di—, puede visitarme en mi consultorio.

—Mamá —nos interrumpió una de las niñas—. Están saliendo muchos animales por debajo de la estufa.

Olga dejó la pieza de cristal sobre la mesa y caminó hacia la cocina. Fuimos tras ella. El mal olor se incrementaba al entrar ahí. En efecto, unos insectos rastreros, pequeños como gusarapos y acorazados como escarabajos, entraban y salían del espacio que había entre el piso y el faldón de la cocina.

César se puso en cuclillas y echó un vistazo.

—Hay miles... Sería bueno jalar la estufa para ver de dónde vienen.

Olga Fuentes asintió. Mi esposo hizo la maniobra con dificultad. El cuadro que descubrió fue repugnante. Las niñas gritaron. Olga se tapó la boca conteniéndose para no vomitar. Un gato tieso, de pelo mojado y herrumbroso estaba siendo devorado por una plaga de coleópteros necrófilos y moscas.

—¿Qué es esto? —cuestioné, sabiendo bien lo que era.

—Yo lo sacaré —se comidió César—, sólo dígame dónde hay una escoba y un bote de basura.

Olga Nidia señaló la puerta del rincón.

—¿Es su mascota?

—No. Tal vez de algún vecino. De seguro Fausto golpeó a este animal y el pobre se metió a la casa por una ventana.

Me pareció una conclusión precaria.

Cesar le dio la vuelta con el palo de la escoba.

—Tiene un golpe en la oreja.

—¿Lo ven hijas? ¿Ven por qué les dije que no podemos confiar en su padre? Uno de estos días nos puede matar a alguna de nosotras.

—No diga eso, Olga —sugerí—. Son conjeturas muy peligrosas.

—Señora —comentó mi esposo—, ese gato tiene al menos una semana de muerto ¿usted no se dio cuenta? Toda la casa huele mal.

—¿Qué día es hoy?

—Domingo.

—Domingo... —repitió como haciendo cuentas—, hace ocho días que no salimos.

¿De modo que el cuerpo del animal se descompuso gradualmente mientras ellas se acostumbraban al mal olor en su largo enclaustramiento?

—Cuando me siento bien, limpio los pisos y alimento a mis hijas... luego me duermo un rato. Últimamente he dormido mucho.

Moví la cabeza sin acabar de creer. La pestilencia de ese lugar iba más allá de los parámetros materiales...

DERECHOS RESERVADOS